

SAN CARACOL

Issa López*

Para mi abuela

Un día Dios vino a Santo Tomás del Mástil. Llegó dormido en un caracol, y Vieja Luciana se lo llevó a su casa.

El doctor Paulino, que ya había vuelto de estudiar en la capital, le había dicho a Vieja Luciana que caminara, porque si no las piernas se le iban a hacer como de palo. Como de palo, Luciana, ¿ve? Así, como de palo. Hay que caminarle, Luciana. Sálgase a la playa y camínele hasta el muelle, y camínele de regreso, todos los días. Y tómese sus pastillas, una antes de cada comida. Son cincuenta por la consulta, Luciana. Vaya con Dios.

Y Vieja Luciana había hecho todo lo que le había dicho el doctor Paulino. Se había tomado sus pastillas, una antes de cada comida. Se había salido cada día a la playa y había caminado hasta el muelle, aunque le doliera la rabadilla.

Y había ido con Dios.

Se encontró el caracol al tercer día de salir a la playa, y se lo pensó antes de recogerlo, porque agacharse no era lo malo, sino volver a levantarse.

Pero era un caracol muy bonito, color de tarde y labial de quinceañera. Y Vieja Luciana se agachó despacito y se levantó todavía más despacito, y se puso una mano en la espalda y el caracol en la oreja, para oír al mar.

Y lo que oyó fueron los ronquidos chiquitos de Dios.

A Vieja Luciana le dio risa que alguien se hubiera quedado dormido adentro de un caracol.

* Estudiante del CUEC, UNAM.

—¡Shht! ¡Señor del caracol! Despiérese. Son las dos de la tarde —llamó quedito Vieja Luciana, para no sobresaltar al durmiente.

Pero el durmiente no se despertó. Llevaba diez o doce siglos dormido, a salvo de todos los rezos, soñando con tiempos en los que Luzbel aún no había caído, y tomaba el té con Dios, y hablaban del clima y del precio del azúcar.

Y como el durmiente no despertaba, Vieja Luciana pegó la boca a la boca del caracol y se puso a cantarle las mañanitas, con voz de no vaya usted a enojarse.

Dios se fue despertando poquito a poquito, y cuando Vieja Luciana iba por aquello de “Despierta mi bien, despierta” Dios dio un bostezo chiquito, de caracol educado.

—Buenos días al del caracol —saludó Vieja Luciana— yo soy Luciana Domingo. Vine a caminar a la playa porque si no las piernas se me van a hacer como de palo. ¿Y usted?

—Yo soy Dios —contestó el caracol con voz de milagro doméstico. Y Vieja Luciana se persignó.

Vieja Luciana puso al caracol de Dios en la jaula que habían desertado sus canarios, y luego de pensarlo un rato, llamó a su nieto Luciano, le dio cinco pesos y lo mandó a comprar pintura dorada a la tlalalería del Flaco Centeno.

Como Luciano se tardaba mucho con la pintura, Vieja Luciana preparó té de jazmín, se sirvió una taza ella y le sirvió a Dios en un dedal de oro que había sido de su abuela. Pero Dios no salió a tomar el té.

Entre sorbito y sorbito, Vieja Luciana le contó a Dios que vivía sola con su nieto Luciano. Que ahora nadie le hacía caso, pero que en sus días había sido la bonita de Santo Tomás del Mástil, cuando todavía le decían Lucianita y no Vieja Luciana.

Y que se había casado con Martín Domingo, que era el pescador más alto, el de hombros más anchos, el de cabellos más negros, el de pasos más largos, el que se iba a echar las redes más adentro del mar.

Y que, pues sí, que tanto va el cántaro al agua que el mar un día se llevó a Martín, y que nunca lo había devuelto.

Que Vieja Luciana había rezado tantos rosarios que le habían salido callos en los dedos, pero que Dios nunca había contestado cuando ella le hablaba, hasta ahora.

Dios se disculpó educadamente y Vieja Luciana le dijo que no tuviera cuidado. Pero ya que finalmente habían entablado conversación, ¿sería Dios tan amable de hacerle un milagro?

Dios tenía sueño, y para poder volver a dormirse, le dijo a Vieja Luciana que sí.

Y Vieja Luciana le pidió a Dios que le regresara a Martín.

Luego le ofreció más azúcar a Dios, y Dios no gracias, no quería azúcar. Quería dormirse. Y se durmió.

Luciano regresó de la tlalalería con la pintura dorada. Y con su abuelo Martín.

Y Vieja Luciana se quedó mirando a su marido como quien mira llover en el desierto.

Porque aquel marido suyo era el mismo que había zarpado hacía más de treinta años, con la misma estatura, los mismos hombros anchos, y los mismos cabellos negros.

Martín Domingo dio tres de sus pasos largos, alcanzó a su mujer y le dio un beso en la mejilla arrugada.

—Ya regresé Lucianita —la saludó. Y Vieja Luciana se echó a llorar.

Comieron sopa de coditos y milanesas, porque Vieja Luciana se acordó que eso era lo que le gustaba comer a Martín. Y volvió a llorar cuando Martín le dijo

que la sopa estaba mejor que la de ayer.

Después de comer, Martín encendió un cigarro y se lo fumó despacio, entrece-rrando los ojos, como queriendo acordarse de algo, y luego, no pudiendo.

Y después de un rato, Santo Tomás del Mástil llegó a ver al Martín que había regresado del mar.

Primero llegó el Flaco Centeno, de la tlapalería, casi arrastrado por el viento. Había visto a Luciano encontrarse con su abuelo, pero al verlo de cerca, se talló los brazos enjutos con las manos, porque la poca carne que tenía, se le había puesto de gallina.

Después llegó Rosaura Abizaíd, que por una vez se quitó el velo de ir a misa, y se descubrió la carita de muñeca para ver al regresado.

Y el doctor Paulino, que como siempre, venía siguiendo a Rosaura, con sus anteojos de óptica capitalina, y detrás, sus ojos de me duelen de no cerrarlos para no dejar de verte, Rosaurita chula, mamacita.

Y hasta Yesenia Yeison (pidiendo como siempre que lo pronunciaran Yeison Ye-i-son, plis) que se había despertado milagrosamente de día, y sin saber muy bien por qué, había dejado solas a sus muchachas en el club Exotique, y había salido a recordar el asco que le daba el sol.

Se fueron amontonando en la puerta, y Vieja Luciana les ofreció café, pero como no le alcanzaban las tazas, se los sirvió en vasitos de yogur.

Y después de todos los ¿crema? no gracias, azúcar, y yo negro, Rosaura carraspeó para hacer la pregunta obligada.

—Muy bueno el café, Vieja Luciana. ¿Y cómo es que su marido regresó?

Vieja Luciana miró a su Martín, pero Martín como que no se daba cuenta de nada. Le iba dando chupadas lentas al

cigarro, y arrugaba la frente y hacía cara de ¿de qué tenía yo que acordarme?

—Dios me hizo el milagro, Rosaurita. En un rato que estuvo despierto —y Vieja Luciana se puso enfrente de la boca un índice retorcido de artritis, como quien dice no me despierten al niño. Y señaló al caracol de Dios, dormido en su jaula que Luciano estaba pintando de dorado.

Y los ojos de Rosaura Abizaíd, los del doctor Paulino, los del Flaco Centeno y los de Yesenia Yeison se hicieron como los de los santos de yeso de la iglesia de Santo Tomás del Mástil. Se hicieron vacíos de todo lo que no fuera fe en que se puede alcanzar el paraíso. Y el café de Vieja Luciana se enfrió en los vasitos de yogur.

Pero Vieja Luciana no se dio cuenta, porque sólo se podía dar cuenta de cómo los ojos de Martín se iban llenando de mar, porque estaba empezando a recordar.

Cuando se hizo de noche, los mirones se fueron. Y Vieja Luciana peinó a Martín y le cantó canciones de María Victoria, hasta que a Martín le dieron ganas de irse a la cama.

Vieja Luciana se puso su camisón de viejita, y Martín, desnudo y desparra-mando hombre por toda la cama, se rió de ella.

Y mientras, en la salita de la casa, Flaco Centeno, que se había metido a escondidas, despertaba a Dios haciéndole cosquillas en el caracol.

Dios se talló los ojos y se estiró todo lo que le permitía su prisión de concha.

—Perdona a tu siervo, Señor —suplicó Flaco Centeno en susurros, para que no lo oyera Vieja Luciana.

—Estás perdonado. Buenas noches, hijo —concedió Dios, acomodándose para volver a dormir.

—Pero tengo una súplica. Hazme la valona, Señor —Dios suspiró y el caracol

se llenó de su aliento divino.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Dios.

Flaco Centeno se frotó las manos descarnadas.

—Deseo, Señor, que mi mujer me ame.

Y Dios hizo el milagro, justo antes de perderse de nuevo en sus sueños del principio y el fin de todas las cosas.

Vieja Luciana ya iba a la cama, a su Martín niño, a su Martín todo piel brillante, todo piel en cueros. Pero en el camino se topó con el espejo de su ropero y el espejo le devolvió su figura de pajarito, su cabello blanco, su mueca desdentada, de labios fugitivos. Y mejor apagó la luz.

En la salita ya no estaba Flaco Centeno, que había regresado con una sonrisa enjuta a su cama individual, con la esperanza de que pronto sería cama compartida. Ahora estaba Rosaura Abizaíd, temblando de adoración y de miedo. Hizo una genuflexión frente a la jaula dorada, y se enderezó modosita, acomodándose la falda para que no se le vieran las rodillas. Luego se persignó y comenzó su letanía.

—Señor, Dios nuestro que estás en los... que estás en el caracol, y tu hijo Jesucristo, que por gracia divina bajó a la tierra y subió a los... y se durmió en un caracol, y el espíritu santo, que vive y reina en el... caracol, yo me encomiendo a ti... a ustedes... al caracol... —Rosaura se detuvo, confundida—. Señor... Señores: ¿de veras caben los tres en el caracol?

Dios ya se había despertado, y ahora que Rosaura lo mencionaba, era verdad que la distribución del caracol no era precisamente holgada.

—Sí, hija —contestó Dios para no meterse en detalles íntimos del hacinamiento ni de los misterios divinos— ¿Y tú qué vas a querer? —preguntó Dios para ahorrar tiempo y vigilia. Rosaura se mojó

los labios. Respiró profundo. Pensó que Dios a lo mejor y hasta comprendía.

—Quiero que el padre Antonio se enamore de mí, Diosito —Dios casi se despertó del todo al oír aquello. Pero sólo casi.

—Pero los sacerdotes, hija, hacen votos de castidad —el caracol se había sonrojado un poco, para explicar semejantes menesteres.

—Sí, Diosito, pero yo estoy muy enamorada, y tú tienes muchos sacerdotes, y yo no tengo ningún novio. Y mira, lo que pasa es que iba yo un día, y vi al padre Antonio, y el padre Antonio me vio, y me dijo que hacía buena tarde. Era julio, Diosito, y yo iba a comer a casa de mi tía Angelina, porque mi mamá había salido a ver a mi abuelito que se había enfermado de torzón porque... —mientras Rosaura continuaba con su historia, Dios decidió que si quería volver a dormir alguna vez, mejor le hacía el milagro.

Vieja Luciana se quitó sus pantuflas rosas y las puso debajo de la cama. Se persignó y cuando se acostó se quedó en una orilla de la cama, hecha bolita. Le daba pena que Martín tocara sus carnes mustias, con sus manos de hacía cincuenta años, con sus manos de me he saltado todas las canas y todas las arrugas que te han salido a ti.

Pero Martín se rió bajito y se le acercó por debajo de las sábanas y le besó el cuello, y le fue a poner una mano en un pecho, y Vieja Luciana le iba a decir que no. Que ese pecho se había vaciado de leche y de carne y se había llenado de años. Que era como de cuero viejo.

Pero Martín lo había tocado, y cuando en la oscuridad del cuarto lo tomó en su mano, el pecho fue el que había sido hacía cincuenta años. No fue como cuero viejo. Fue durazno, fue manzana, fue media toronja recién lavada, lisa y dura y perfumada. Y Vieja Luciana le dio las gra-

cias a Dios por la oscuridad de la noche, por el milagro de Martín regresado, por los callos marineros de sus manos.

Y besó a Martín, y en la oscuridad, le mordió los labios con dientes que había perdido hacía una década.

Rosaura Abizaíd se había ido de casa de Vieja Luciana. Y había llegado el doctor Paulino.

Se acomodó sus gafas capitalinas, carraspeó un poco, y dio tres golpecitos discretos en el caracol de Dios, como los que daba en las espaldas de los pacientes para saber si estaban bien de los pulmones.

Dios empezaba a tener ojeras. Se cobijó adentro del caracol y se hizo el que no estaba. Pero el doctor Paulino dio otros tres golpecitos.

—Disculpe usted, Dios, pero si no fuera mucha molestia...

—Nada más que sea rapidito, hijo —pidió Dios. Y como el doctor Paulino sabía lo que era estar corto de tiempo para atender a todos los pacientes, le hizo caso.

—Es Rosaura Abizaíd, Dios.

—Pero hijo, a Rosaura le gusta el padre Antonio.

—Ése es el problema, Dios —Dios no contestó nada. Se había quedado dormido—. ¿Dios? ¡Dios! —el doctor Paulino volvió a golpear el caracol y Dios, sin despertarse (así de grande es su poder), le concedió el milagro.

En la oscuridad del cuarto, el pelo de Vieja Luciana se rizó con los besos de su Martín. Y cuando los besos bajaron hasta quedársele entre las piernas, se le borraron todas las arrugas del cuerpo. Y se le encendieron calenturas de las que hacía mucho tiempo se había curado. Y dando gracias entre estremecimientos, Vieja Luciana entendió que Dios no hacía sus milagros a medias.

Yesenia Yeison entró de puntillas a la salita de Vieja Luciana, desparramando

reflejos de lentejuelas por las paredes penumbrosas de amanecer. Sopló despacito en el caracol, como soplaba en las orejas de los clientes que se le quedaban dormidos, y Dios se despertó de una pesadilla en la que ejércitos de suplicantes lo mantenían en vela.

—Señor, yo no soy digna de que vengas a mí —comenzó la dueña del Exotique—. Pero una palabra tuya bastará para sanar mi alma.

Dios trató de recordar cuál sería esa palabra, pero tenía mucho sueño.

—Déjame amar, Señor. Una vez. Déjame amar a alguien, y saber qué es esa cosa tan maravillosa por la que tantos clientes me han pagado tantos años, Señor. Déjame gozarla —de haber estado despierto, quizá Dios se hubiera negado. Pero en entrevela, aquello sonaba casi justo. Y Dios accedió.

Vieja Luciana se despertó sonriendo. No tenía que mirarse al espejo para saber que la luz del día había traído de nuevo a Vieja Luciana, toda canas y arrugas y pasitos de gorrión. Pero la noche le había traído a Lucianita, la bonita del pueblo, la mujer de su Martín, la de pechos altos y cabellos negros y rizados, y caderas llenas. Y le había dejado saber de nuevo a qué sabía un hombre. Y ese hombre era su Martín. Vieja Luciana estiró una mano para acariciar el pecho de su marido, pero sus dedos encontraron sólo la sábana vacía.

Martín estaba desnudo frente a la ventana. Estaba llorando; una mano bajo los ojos, como queriendo detener las lágrimas, y la otra en el vidrio, como queriendo escaparse por entre las nieblas del cristal y volar hasta tocar el mar que esperaba del otro lado de la ventana.

Flaco Centeno se despertó sin caber en su cama. A lo ancho.

Se miró los dedos, y lo que había sido piel estirada sobre huesos, era de pronto

rollo de carne sobre rollo de carne sobre rollo de carne. Cada dedo era de una opulencia casi indecente, un insulto a todas las hambrunas del mundo. Flaco Centeno se despertó gordo.

Aventó las cobijas (que de todos modos no le quedaban) y se miró el vientre. Y encontró una montaña enjundiosa, rosada, brillante, guiñándole un ombligo oculto entre redondeces de planeta enano. Flaco Centeno se tapó los ojos con las manos, pero en el camino se topó con dos mejillas como dos melones.

Salió aterrizado de su cuarto y entró al de su mujer (no sin ciertos trabajos; era como si todas las puertas del mundo se hubieran encogido de pronto) para enseñarle su desgracia adiposa, desnuda y rotunda en toda su humanidad plantada frente a la cama.

Flaca Centeno se despertó con los gritos de su marido, pero sobre todo con el terremoto que habían provocado sus carreras de estampida. Y cuando lo vio, todo carnosidad y volumen, gravidez y presencia, lo amó.

Alabado sea Dios.

Amar a un gordo había sido la fantasía más mimada entre las pasiones secretas de Flaca Centeno. Perderse entre sus carnes, ahogarse en sus abrazos, sentir las caricias de sus manos inflamadas, montarlo como quien monta una bestia mitológica, inabarcable, continental. Y sobre todo, sucumbir bajo su peso. Y todo eso hizo con su marido mejorado y aumentado, hasta que Flaca Centeno sintió que se le descoyuntaban las caderas, y la cama dio de sí. Loca de amor, llena de las carnes de su Flaco, cayó dormida.

Flaco Centeno la miró dormir largo rato. Y al final empezó a sentir un poquito de asco de los huesos desvergonzados de ella, de la falta de pudor con que lucía el esqueleto, de la ausencia de la divina

grasa que ahora lo adornaba a él con tanta prodigalidad. Y empezó a pensar en mujeres mejor nutridas.

Vieja Luciana miró a su Martín llorar hora tras hora, sentado junto a la ventana, suspirando entre sollozo y sollozo por el mar.

—Lucianita, soy como un niño perdido. Soy como un niño que nace antes de que sea hora, Lucianita, y tiene frío de su madre. Soy como el hijo de un muerto que no regresa —le dijo Martín en un rato que se le acabaron las lágrimas. Y a Vieja Luciana el corazón se le hizo de trapo, porque entendió que Dios le había devuelto a Martín. Pero que el corazón de Martín se había quedado en el fondo del mar.

Rosaura fue a misa de siete, y a la mitad del evangelio según San Mateo, al padre Antonio se le fue la voz. Sus ojos de San Sebastián mártir se desenfocaron, y tuvo que quitarse tres cabellos necios de la frente para mirar bien. Y bien miró, y no pudo creer que Rosaura Abizaíd (y el nombre le sabía a maná divino, a vino de las bodas de Canaán, a lentejas de Israel) hubiera sido siempre tan divino ángel, tan pura luz del fuego de Pentecostés o (no lo permita Dios) tan engañoso espejismo de belleza ideado por el Malvado.

El padre Antonio hizo un esfuerzo sobrehumano y continuó con la misa, aunque se tropezara dos o tres veces con su sotana, y estuviera a punto de dejar caer la hostia cuando Rosaura se acercó para recibir la comunión, y abrió su boquita de muñeca, cerrando los ojos en un aleteo de pestañas negras.

Y cuando terminó la misa, el padre Antonio pudo decir sinceramente: ¡Demos gracias a Dios, la misa ha terminado!

Rosaura se quedó después de misa y le dijo al padre que quería hablar con él. Y al padre le temblaban las rodillas y le

sudaban las manos en la sacristía, y cuando Rosaura le dio la mano, tuvo un vahído. Y Rosaura no decía nada y sólo lo miraba, queriendo acordarse de por qué le había gustado tanto. Hasta que pensó lo bien que se vería con gafas. Con gafas capitalinas. Y entendió que estaba enamorada del doctor Paulino.

—Padre, he pecado—confesó Rosaura. Y le contó al padre de su conversación con Dios. Y el padre Antonio se volvió medio loco de felicidad cuando entendió que Dios no solamente vería con buenos ojos su amor por Rosaura, sino que además, ese amor había nacido por intercesión directa de Dios.

Y entonces Rosaura le dijo que estaba enamorada del doctor Paulino, y se despidió del pasmado padre Antonio, para buscar al doctor.

Cuando Rosaura iba de salida, el padre Antonio le gritó que él también iba a ir a ver el caracol de Dios, y le iba a pedir que ella se enamorara otra vez de él. Pero Rosaura no le contestó siquiera. El padre Antonio lloró. Luego pensó en ir a matar al médico, y luego le entraron remordimientos y se puso a rezar. Pero después de un rato decidió que sería mucho más efectivo el método de ir a rezarle al caracol de Dios, y a pedirle su propio milagro.

Vieja Luciana salió con Martín a la orilla del mar. Y las lágrimas de Martín se perdieron de inmediato en el mar, porque estaban hechas de la misma cosa. Martín se inclinó a acariciar la piel del agua como quien acaricia la espalda de un amante.

Y Vieja Luciana entendió que Martín estaba más casado con el mar que con ella misma.

Yesenia Yeison madrugó y despertó con la cercanía de la tarde. Se bañó con jabón Maja y se perfumó con agua de lavanda. Se peinó los cabellos oxige-

nados hasta que despidieron esplendores de luz de sodio. Se engalanó con su vestido de la suerte, el color fucsia, y metió la panza para que no se le notaran mucho los veinte kilos que habían pasado desde que había comprado el vestido. Y se calzó sus zapatos de novillo nonato. Ésa iba a ser su noche de amor.

Se sentó en la recepción del club Exotique, debajo de la lámpara roja, y cruzó una pierna, levantando el satín fucsia sólo un poquito más de lo decoroso. Y esperó a ver qué le mandaba Dios de regalo.

Y lo que le mandó Dios de regalo fue al Flaco Centeno.

Yesenia vio de pronto toda esa carne armada en un cuerpo. Toda esa carne oculta apenas por las ropas estrechas. Toda esa carne esperando una mano exploradora, una mano geógrafa incansable, que recorriera sus cumbres y sus simas. Sus llanuras vellosas, sus hondonadas, las planicies inabarcables de su piel distendida, sus bahías y sus barrancas. Sonrió, y ante tanta humanidad, olvidó disimular su propia grasa. Y a Flaco Centeno se le hizo agua la boca.

Hicieron el amor como colosos en celo. Como barcos al abordaje. Como elefantes adolescentes.

Hicieron el amor con tal estremecimiento de carnes, con tal entrechocar de masas, con tal estrujar blanduras, que hasta las chicas del Exotique se sonrojaron un poquito.

Y Yesenia Yeison se vino tan fuerte que el grito que dio despertó hasta a Dios en su caracol. Y a Flaca Centeno que dormía la siesta.

Vieja Luciana le limpió a Martín las lágrimas con la esquina de su delantal, y se paró de puntitas para darle el beso de despedida. Martín la besó en la coronilla y Vieja Luciana hundió la nariz en su pecho, para guardar un poquito de su olor

de amor de antaño, de amor de álbum de fotos y baúl de sábanas que ya no se usan.

—Buena pesca, Martín —le deseó, como todos los días hasta aquel que fue el último. Y Martín sonrió como si entendiera de pronto todas las pescas del mundo. Y se fue metiendo en el mar, y su sonrisa se perdió en la carcajada espumosa de las olas.

Vieja Luciana no se lo encomendó a Dios, porque sabía que no era necesario. Porque sabía que Dios era un dios marinerero, un dios sirena, un dios dormido en un caracol.

Rosaura Abizaíd estaba sentada en la mesa del quirófano. Tenía al doctor Paulino abrazado con las piernas. Y el doctor Paulino le desabotonaba la blusa haciendo gala de su precisión de cirujano.

—Ay, doctor —suspiró Rosaura en el oído del médico—. Ha de pensar usted que soy una coscolina.

—No, Rosaurita, cómo va a creer —con habilidad de ginecólogo los dedos del doctor Paulino supieron desabrochar el brasier—. Usted que se la pasa en misa, tan piadosa —Rosaura sacó la lengua de la oreja del doctor para poder constatarle.

—La verdad es que nunca fue por piadosa, doctor. No me lo va usted a creer, pero hasta ayer en la noche me moría por el padre Antonio —con minuciosidad clínica, el doctor comenzó una exploración de la piel debajo del brasier de Rosaura.

—No me diga Rosaurita. ¿Y el padre lo sabía?

—Ahora ya lo sabe. Se lo dije antes de venir aquí. Pero luego le dije que ahora me gusta usted. ¡Ay, doctor, tiene los dedos fríos!

—Se pasa en un instante. Así, ¿ya ve qué bonito? ¿Y qué dijo el padre?

—Dijo que las cosas no se iban a quedar así. Que él también iba a pedirle al caracol de Dios. Así pero más despa-

cito, doctor. ¿Doctor?

El médico se estaba abrochando la bata lo más rápido que le permitían sus dedos suturadores.

—Abróchese, Rosaurita. Tenemos que ir a hablar con el caracol de Dios para que no le haga caso al padre Antonio —Rosaura se limpió el sudor de la frente.

—¿Tiene que ser ahorita, doctor? —el doctor le lanzó una mirada entristecida.

—Ahorita mismo, Rosaurita. Ya después se lo repongo.

Vieja Luciana entró a su casa con el corazón a rastras. Hay quien enviuda dos veces, pero no todos los días se enviuda de nuevo del mismo hombre. Iba a pedirle consuelo a Dios, pero aparentemente Dios estaba ocupado, porque el padre Antonio estaba frente a la jaula dorada, diciendo padres nuestros y aventando incienso por todas partes.

Flaca Centeno se despertó de su siesta con el grito de Yesenia, y con la triste sospecha de que sólo un hombre que fuera tanto hombre como su flaco, podía provocar un orgasmo de semejantes magnitudes.

Los encontró en la cama del club Exotique, que aguantaba el peso de ambos sólo porque era una cama reforzada, para burdel.

—Mira, flaquita, carne llama a carne. No es mi culpa que a los hombres robustos nos gusten las llenitas —Flaco Centeno le dio una nalgada a Yesenia, y las ondas resultantes le volvieron a abrir el apetito—. Pero si no estás contenta, puedes ir a pedirle un milagro al caracol de Vieja Luciana.

Flaca Centeno lo pensó un poco y llegó a la conclusión de que prefería un flaco propio a un gordo ajeno.

Le voy a pedir que te haga flaco de nuevo, gordito.

—Bueno flaquita. Córrele —lo que Flaco quería es que lo dejaran otro ratito

a solas con su Yesenia. Flaca salió corriendo, y su marido trepó trabajosamente sobre la dueña del Exotique.

—Oye, Flaco...

—¿Mmm?

—¿Y me vas a seguir queriendo cuando vuelvas a ser flaco? —Flaco lo pensó un momento.

—No, pero de todas maneras te pago.

A Yesenia Yeison le costó mucho trabajo salir de debajo de Flaco Centeno, pero cuando lo consiguió, salió corriendo hacia casa de Vieja Luciana.

—¿Por qué no contesta, Vieja Luciana? —el padre Antonio sostenía el caracol de Dios frente a su rostro, y tenía el ojo derecho pegado a la boca de la concha, tratando de distinguir aunque fuera una esquinita de la túnica del Creador de todas las cosas.

—No sé padre. Pero ahora que lo pienso, nunca contesta cuando le habla usted en misa —el padre separó el ojo del caracol para lanzarle una mirada furibunda a Vieja Luciana, pero en ese momento llegaron el doctor Paulino y Rosaura Abizaíd.

—Oiga, padre... —comenzó Rosaura al verlo con el caracol entre las manos. Pero el doctor Paulino no dijo nada; entró a la casa de Vieja Luciana y se le aventó al cura. Como ninguno de los dos era hombre de golpes, empezaron a arañarse la cara, y el caracol se quedó tirado sobre la alfombra rosa de Vieja Luciana.

—¡Qué vergüenza que dos hombres tan importantes en Santo Tomás del Mástil se porten como niños! —suspiró Flaca Centeno cuando entró en la casa y vio al médico y al cura revolcándose en el suelo. Luego se estiró por encima de ellos y tomó el caracol.

Flaca Centeno sostuvo el caracol de Dios durante siete segundos, porque entonces se lo quitó Yesenia Yeison. Desgraciadamente para Yesenia, a la hora de

los pellizcos, Flaca tenía más de dónde agarrar.

—¡Suéltalo, cochina GORDA! —gritó Flaca al arrebatarse el caracol a Yesenia—. ¡Mi Flaco va a volver a ser flaco aunque así ya no le guste a nadie! ¿Oyes?

—¡Oigo! —contestó Flaco, que acababa de entrar a la casa. No estaba dispuesto a que la bidimensionalidad lo regresase al anonimato— Flaquita, dame el caracolito ¿sí?

Flaca se acercó el caracol a la boca y le gritó:

—¡Dios! ¡Yo quiero que mi Flaco vuelva a ser...! —pero no terminó la frase. Flaco Centeno se elevó desafiando su propio peso, desafiando las leyes de gravedad y desafiando todas las leyes divinas, en un salto asesino para aplastar a su esposa.

Se escuchó un quebrarse de cosa frágil. Un cascar chiquito, que sin embargo acalló todos los gritos y todos los jadeos. Porque el caracol de Dios se había roto.

Nadie dijo nada. No hay disculpa para el asesinato de Dios. Las buenas gentes de Santo Tomás del Mástil se fueron a sus casas con las cabezas bajas. No era temor del castigo divino, porque ya no había quién lo aplicara. Era vergüenza con Vieja Luciana, porque le habían roto su máquina de hacer milagros. Era vergüenza de querer querer por la fuerza. Era vergüenza de niños que sin querer matan un cachorrito, lastiman a su hermana, queman la casa.

Vieja Luciana se sentó a recoger los pedazos de Dios, y cuando los vio reunidos en el recogedor, se echó a llorar. Martín se había ido de nuevo, y Dios estaba muerto. No había ninguna razón en el mundo para dejar de llorar ya nunca.

—Lucianita —la llamó una voz desconocida. Vieja Luciana se limpió los ojos y miró alrededor, pero no había nada.

Tomó aliento y se acomodó para volver a llorar para siempre.

—En la pantufla, Lucianita —Vieja Luciana no entendía nada. Y luego entendió. Se levantó tan rápido que la espalda le rechinó, pero no hizo caso. Fue hasta su cama y volvió a agacharse para sacar sus pantuflas rosas. Levantó una y miró adentro.

—En la izquierda, Lucianita —Vieja Luciana cambió de pantufla y ya iba a asomarse, cuando se acordó que el rostro de Dios no está hecho para ojos mortales. Y menos cuando se acaba de despertar y no está todavía presentable.

—¿Dios? —preguntó a la pantufla.

—Sí, Lucianita.

—Dios, ¿qué haces adentro de mi pantufla izquierda?

—Trato de dormir, Lucianita.

Dios le explicó a Vieja Luciana que cuando Yesenia Yeison dio su grito de fin de mundo, Dios había comprendido que Santo Tomás del Mástil no lo iba a dejar dormir. Así que se cambió de casa y se fue a esconder en la pantufla de Vieja Luciana, al cobijo de bajo su cama.

Dios y Vieja Luciana hablaron largo rato, y después de contarse los pormenores de la preparación de las milanesas y del funcionamiento de la jerarquía celestial, Dios le dijo a Vieja Luciana, todo lo educadamente que pudo, que prefería que lo devolviera al mar.

Vieja Luciana comprendió que los hombres de su vida tenían cierta inclinación por el agua, y aunque triste, llevó a Dios al mar, porque es bien sabido que no se puede ir contra los deseos divinos.

Dios y Vieja Luciana se despidieron como buenos amigos. Dios le prometió a Vieja Luciana que volverían a verse, y Vieja Luciana le pidió dos últimos milagros a Dios: que en Santo Tomás del Mástil todo fuera como antes de la llegada del caracol. Y que Dios la dejara ver

aunque fuera un poquito de su divina persona.

Flaco volvió a ser flaco, y Flaca olvidó un poquito cuánto le había gustado. Pero sólo un poquito. Rosaura volvió a amar al padre Antonio, y nunca volvió a faltar a misa. Y como los doctores no entran en la cuenta de los hombres que la han tocado a una, en teoría siguió siendo casta y pura. Por algún tiempo. El doctor Paulino estuvo triste varios días, pero nadie le quitaría de los labios el sabor de Rosaura ya nunca. Y Yesenia se dio por satisfecha con haber entendido aquello que le daba el pan de cada día.

En cuanto al segundo milagro, Dios decidió enseñarle un pulgar a Vieja Luciana. Y desde ese día Vieja Luciana le rezó siempre a aquel pulgar divino, perfecto, redondo, paradigma de todos los pulgares.

Luego, Vieja Luciana le cantó a Dios canciones de María Victoria, hasta que se quedó dormido. Vieja Luciana puso su pantufla izquierda en el agua. Y la pantufla se perdió entre el verdeante ir y venir del mar. Vieja Luciana le gritó que le diera sus saludos a Martín, si algún día lo veía pescando. Y cuando el último rastro rosado de la pantufla desapareció del todo, Vieja Luciana se fue caminando por la playa, hasta el muelle y de regreso, como le había dicho el doctor, para que no se le hicieran las piernas como de palo.

